

MARIONETAS

sin

HILOS

TADAEA LIZARBE

Atrévete a asomarte a los entresijos del alma humana.

Bruna y Ada, la una futura subinspectora de la policía de San Sebastián, y la otra taquígrafa de los juzgados, tienen más cosas en común de lo que suponen. La Indiscreta y la Vieja Conocida, impulsos reprimidos, un lado oscuro y por años escondido que aflora si se tocan los resortes oportunos... y que puede ser usado para el bien o para el mal.

Como ellas, tú también eres títere de quien mueve los hilos de esta historia, donde los anhelos y los deseos pueden transformar a una persona y llevarla a su lado más negro. Ada y Bruna quieren saber quién y qué ata sus muñecas.

¿Cuál es el nombre de tu propio titiritero?

Para las igualdades que se disfrazan de
diferencias
Para la X oculta que lleva cada nombre
Para vosotros

–¿Señora Cuevas?

–Sí.

–¿Señora Ada Cuevas?

–Sí.

–Sentimos mucho comunicarle que su marido ha muerto.

Quédate. Esta no es una historia triste...

Ada Cuevas

–¿Cómo que mi marido ha muerto? –pregunto.

–Permítame que nos presentemos, ella es la oficial Baddía y yo soy el oficial Huguet, de la policía de San Sebastián.

Observo al hombre que acaba de llamar a mi puerta, perdida. Procuero centrarme todo lo que puedo en lo que dice, tal vez aún esté a tiempo de retirar sus palabras. Pero es como empeñarte en seguir conduciendo a pesar de tener el parabrisas congelado.

–Martín y Bruna, si lo prefiere –añade la mujer como si..., como si ese detalle al ofrecer su cercanía fuera importante. Más importante que, más importante que...

–¿Cómo que mi marido ha muerto?

–Lo siento, señora. Su marido... –El oficial titubea, lo que me hace pensar que puede que exista la posibilidad de que Iker esté vivo.

–¿Iker?

–Iker ha sufrido un, un..., un... un accidente.

Alguien sujeta mis añicos, conteniendo mis brazos para no caer al suelo. No sé quién. Ella o él. Él o ella...

–¿Cómo está Iker?

–Señora, debe entenderlo: Iker ha muerto. –La oficial no duda, ha sentenciado la muerte de mi marido, y es ahora cuando me percato de que es ella quien sujeta los trozos de mi vida conteniendo mis brazos, agarrando físicamente mi estabilidad. Es la portavoz de la claridad. Su compañero no ha conseguido usar la contundencia nece-

saria para que llegara a creerme lo que está sucediendo. Ella sí. Tiene algo especial. No hay alternativa: Iker ha muerto. ¿Entonces? Entonces ya no puedo seguir preguntando por él. Jamás.

El rostro de la oficial se centra por completo en mí, como si solo pudiera verla a ella. Sus labios están sellados, comprende que he captado el mensaje y ahora solo le queda mirarme con esos ojos color cuero. Me detengo en sus pupilas. Siento su cuerpo pegado al mío, su fuerza atlética y el olor a jabón de su pelo castaño al rozar mi cuello. Me abraza y me sujeta con el único agarre posible que veo ahora en mi vida mientras me dejo caer lentamente, arrastrándome por la pared, arañándome con el gotelé. El vacío es tan profundo que hasta se puede escuchar el ruido que no hace, marea. Hasta querer vomitar.

Alguien ha cogido un hacha y le ha pegado un tajo a mi mundo. No lo comprendo. Te digo que no lo entiendo. ¿Si no hubiese abierto la puerta, Iker seguiría vivo? Lo pienso seriamente. No..., no, no lo entiendo. ¿Qué puedo hacer para que las cosas sigan como hasta hace tan solo unos pocos minutos? No debería haber abierto la puerta, y todo seguiría bien y, sí, él volvería a casa conmigo... ¿No?

–Tal vez podríamos sentarnos en un lugar más cómodo y hablar de lo ocurrido –sugiere el oficial Huguet.

No reacciono; tirada en el suelo, dirijo mi mirada a los de arriba como una niña perdida. La oficial Badía me sujeta de las axilas y me levanta con la ayuda de su camarada. Un día cualquiera me hubiese podido levantar ella misma sin esfuerzo; pero hoy no, peso más de lo normal, la gravedad me tira de los tobillos.

Ese «lugar más cómodo» al que me llevan es mi sofá blanco. Nuestro sofá blanco. El sofá blanco que Iker detestaba.

–¡No pienso sentarme ahí! –grito. Con fuerza. Con algo que hace que siga respirando. Es algo oscuro, rabia.

Caigo en la cuenta de quiénes son mis acompañantes, pero creo que ellos no me reconocen a mí, a pesar de que haya plasmado, literalmente, sus palabras en la pantalla de un ordenador decenas de veces.

Soy la taquígrafa del juzgado donde ellos declaran habitualmente.

Hecha una furia, me abalanzo sobre el sofá blanco. Lo golpeo con los pies y los puños hasta sentir dolor; intento despellejarlo, con las uñas, con cualquier cosa. Iker no lo quería y este sofá ya no puede estar aquí, riéndose de que ha sobrevivido a mi marido. ¡Como si el sofá tuviera más derecho que Iker a estar conmigo!

Oficial de policía Bruna Badía

–¡Cálmese, señora! Bruna, haz algo –me pide Martín desesperado.

Procuro coger a la señora Cuevas de la cintura, la alejo del sofá, por alguna razón llevarla hasta allí no ha sido buena idea. Por el camino coge un jarrón de la mesa del comedor y lo lanza sobre su tapicería blanca. Reconozco la furia.

–¡QUIERO QUE VUELVA! –grita. Exige.

Se arranca de mi abrazo como una lagartija angustiada desterrada a la oscuridad.

–¿Tiene un contacto a quien podamos llamar? –pregunta Martín.

–¡lker! ¡Era lker! Pero ahora ya no es. ¿Lo entienden? No pueden llamar a nadie. NO-HAY-NA-DIE.

La mujer se detiene frente al perchero de la entrada, coge el abrigo que, presupongo, era de su marido y se viste con él. Tras un segundo de aparente calma –estoy segura de que cree que en el baño de ese aroma aún está su marido–, su rostro se transforma y, guiada por la impotencia, se golpea repetidamente contra el asa del perchero, el dolor parece realojarla en un mundo sin recuerdos.

Está empezando a sangrar. Martín y yo la rodeamos con pasos lentos, como domadores de leones, y él coge el móvil para dar aviso:

–Necesitamos asistencia médica en... –Son las últimas palabras que habrá escuchado la señora Cuevas antes de caer inconsciente.

Pensamiento intruso: dicese de aquel pensamiento disruptivo y de origen inconsciente que en ocasiones invade nuestro consciente, con el consecuente efecto atroz en nuestras decisiones, conductas y estado anímico. Difícil tanto de detectar como de erradicar, ya que en su estado original es invisible. Dada su impulsiva naturaleza, en ocasiones se manifiesta de manera fugaz para firmar su feroz influencia en nuestras historias.

El pensamiento intruso de Ada Cuevas

Ada Cuevas no fue una niña fácil. De hecho, nadie en el barrio apartado en el que vivió su infancia era capaz de llamarla «niña» siquiera. No cumplía los cánones de la inocencia. Era inteligente en el desempeño de sus actividades, jamás pudieron demostrar que la responsable de todas las gamberradas de las que los vecinos eran víctimas fuera ella; pero lo sabían, detrás de su oscura mirada había un regocijo de satisfacción que la delataba solo lo justo como para que cada vecino apretase los dientes con impotente rabia. Sin pruebas incriminatorias, poco podían hacer.

Sus padres estaban preocupados. Jamás por los chismorreos de los vecinos, sino por las actividades que su hija de repente decidía poner en práctica. Respecto al nivel de alarma, comenzó a crecer de manera perezosa, al principio en situaciones de lo más triviales. En el parque, bajo la atenta mirada de Ada, el antiguo inquilino, de apenas cinco años, recogía su equipaje para dejarle hueco en el columpio a ella.

Después pasó a robar de la higuera del vecino, o trepaba por las pacas de paja de los labradores destruyendo su ardua labor. Cerca de la peligrosa adolescencia, comenzó a colarse en las casonas de los vecinos. No gozaba robando, gozaba cambiando los muebles y los objetos de lugar, de manera que cuando los propietarios volvían no

podían dar explicación al suceso. La duda los inquietaba hasta incriminarse entre ellos, acusándose de ese inexplicable cambio en la decoración del que nadie parecía ser responsable. Con todo ello gozaba Ada, con sus originales ideas para atormentar a los demás.

Sus padres recibieron varias llamadas del colegio. A pesar del buen rendimiento académico, jamás hizo vínculo con los demás niños y de nuevo, sin pruebas concluyentes, unas miguitas de pan llevaban a la conclusión de que Ada estaba intimidando e incluso abusando de otros niños.

Entonces llegó el nacimiento de su hermano. Los padres no usaban la pantalla del vigilabebés para comprobar que el niño dormía; en realidad no querían perder de vista a Ada, que observaba la cuna de su hermanito cada día, con curiosidad. Pero jamás lo tocó. Puede que Ada tuviera una oscuridad que experimentar fuera de casa, pero a su familia la respetaba profundamente. Aunque de una manera fría y distante, los quería. Los protegería.

Con diez años recibieron una explosiva llamada del colegio que los citaba esa misma tarde a una tutoría. Con urgencia.

—No sé cómo decirles esto. —La voz de la tutora temblaba.

—Ataje —contestó la madre.

Estaban preparados para ese momento desde hacía mucho tiempo. La profesora cogió aire:

—Su hija ha estado cazando lagartijas y les..., les ha...

—He dicho que ataje.

—Les ha cortado la cabeza y ha dejado los cuerpos regados por todo el patio. —Parecía describir el escenario de una matanza—. Tiene a los niños atemorizados. —Y ella también parecía estarlo.

Hicieron pasar a Ada a la reunión. Sus padres sabían que tendría una explicación inteligente que la absolviera, y se apiadaron de la tutora. Pobre inocente.

–Alguien me dijo que, si cortabas las cabezas a las lagartijas, volvían a crecer.

La profesora sonrió, con cierto temor que provenía del inconsciente, pero con la ternura que le procuraba el gesto inocente de Ada. Manipulada.

–Eso son las colas, cielo, pero tampoco debes hacerlo. Quitarles la cola a las lagartijas las hace más vulnerables ante sus depredadores.

Como si Ada no se relamiera con ello.

–Lo siento, no volverá a ocurrir.

¿Su castigo? El gesto tierno que recibió de la profesora al revolverle el pelo.

Los padres, a pesar de no creer ni una sola palabra de su hija, mantuvieron silencio, no querían arriesgarse a que la echaran del colegio. Pero tampoco se cruzaron de brazos: decidieron que ya era hora de que su hija dejara ese oscuro camino, y que una actividad en equipo como el baloncesto podría ayudarla a ello.

En ese contexto social, que procuraba cierto alivio en Ada al descubrir la permisividad del contacto físico, años después, apareció Iker. Era un chico de alta estatura, con el cuerpo moldeado por el deporte, de ojos rasgados y marrones y una sonrisa enorme. Lo primero que pensó Ada fue en quitarle esa estúpida sonrisa de encima. Pero no hubo manera. La sonrisa de Iker parecía ajena absolutamente a todas sus artimañas. Se obcecó en ello, sus intentos por cerrar esa boca y esa inquebrantable serenidad se volvieron una obsesión. Se acercó a él, primero intentó seducirlo, después desconcertarlo, y pronto fue ella quien cayó en las redes de aquel chico inmune al sufrimiento.

El mundo que él le mostró hizo que la esencia oscura de su identidad, aquello que dejó traslucir en la infancia, quedara oculto, acompañándola únicamente en las sombras. En el caso de Ada, ese pensamiento intruso que juega al escondite tiene un nombre: la Vieja Conocida.

El pensamiento intruso de Bruna Badía

Bruna Badía no fue una niña fácil. Ya desde pequeña destacaba por su testarudez y por sus dificultades para respetar cualquier norma. Para los demás era una niña «excesivamente curiosa». Si es que la curiosidad puede ser excesiva, no debiera, y por ello sus padres no quisieron evitar esa actitud de su hija. Tuvieron que sufrir algún que otro accidente, como aquella cortina que se incendió un domingo o las numerosas llamadas del colegio advirtiendo del desinterés de Bruna por relacionarse con otros chicos y por los estudios. Pero es que se aburría, tantas eran sus ganas de explorar que los libros de texto se quedaban obsoletos y fue el inicio de las clases de anatomía lo que hizo que sonara la estridente alarma sobre su personalidad en forma de una llamada de teléfono que citaba a los padres para una tutoría ese mismo día. Urgente.

–No sé cómo decirles esto. –La voz de la directora temblaba; sentados a ambos lados, el tutor y el orientador intentaban darle fuerza.

–Ataje. –Los padres llevaban tiempo preparados para ese momento.

–Su hija se ha presentado hoy en clase con un gato muerto. –La directora señaló en el suelo una resistente mancha oscura a modo de reguero que rodeaba los pupitres hasta la salida del aula–. Sangre. –Los padres se agarraron de la mano.

–Estábamos en clase de Ciencias Naturales cuando Bruna –interrumpió el tutor– apareció con el gato muerto. ¡Y sonriendo, además!

–¿Qué explicación dio? –Su madre sabía que Bruna tendría una buena respuesta.

–Dijo que por qué no diseccionábamos al gato.

–Estaban en clase de Ciencias, ¿no?

El tutor se sorprendió de que aquella mujer defendiera a su hija en un escenario tan macabro.

–La eché de clase inmediatamente, ella se resistió. El gato empezaba a oler mal. ¿Y qué hizo? En venganza...

–En venganza según su opinión.

–Sí, según mi acertada opinión, en venganza, arrastró el gato muerto por toda la clase hasta la puerta, y ha dejado esa marca de sangre que no hay modo de quitar.

–Debemos averiguar el motivo de sus conductas –intervino el orientador–. Dadas las dificultades de su hija para relacionarse, respetar las reglas y especialmente..., especialmente debido a este suceso, aconsejamos que un psicólogo la valore. ¿Están ustedes de acuerdo?

–Por supuesto. Pero me gustaría hacer pasar a Bruna para que tenga la oportunidad de explicarse.

–De acuerdo –admitió el orientador.

La niña entró en una habitación con cinco adultos observándola en silencio. No hizo falta que le preguntaran.

–Yo no lo maté.

A nadie más que a Bruna se le había ocurrido esa posibilidad, lo que erizó los pelos de las nuca de cinco personas supuestamente preparadas para ver películas de dos rombos.

–Lo encontré en una cuneta, lo había atropellado un coche. Cuando vi las tripas, pensé que podríamos usarlo para entender mejor las clases de anatomía, profesor.

–¿Hemos terminado? –Su madre tenía prisa. Más bien, ganas de proteger a su hija.

–Queda expulsada tres días –señaló la directora con tono perdido. No estaba segura de su decisión.

Bruna pasó la prueba del psicólogo, que no vio nada trascendental en ella, pero sus padres decidieron hacer algo. Temían que Bruna quedara aislada en un mundo que no comprendía su actitud curiosa.

–Hija, tenemos que hablar. –Su padre la sentó en una silla–. A partir de ahora vamos a elegir bien.

–¿Qué quieres decir?

–Te habrás dado cuenta de que algunas de las cosas que haces no están bien vistas por los demás.

–¡Pero...!

–A partir de ahora, cuestiones como diseccionar gatos, provocar incendios o cualquier ocurrencia tuya que intuyas que va más allá, creo que entiendes a qué me refiero, las harás fuera del horario escolar y con nosotros.

Bruna detectaba perfectamente aquellas situaciones que iban «más allá»; la falta de curiosidad de los demás la irritaba, y cuando esto ocurría, era una señal identificativa.

–¿Vais a diseccionar bichos conmigo?

–Lo que haga falta. –Sus padres querían orientar a su hija en sus experimentos, acompañarla hasta el límite más oscuro, y aclarar su luz. Si no encarcelaban su curiosidad, si no la prohibían, podría convertirse en algo natural y controlado.

–Vale, pero no pienso volver al colegio. –Tras la tutoría, se sentía rabiosa.

–No, Bruna. –Su madre fue contundente–. Tienes que ir al colegio y aprender la lección.

–¿Qué lección?

–En esta vida no solo hay curiosidad allí donde tú quieras mirar. La curiosidad debes encontrarla en cada ocasión que se te presente.